

Dramatis personae

Jakob Kuisl, verdugo de Schongau

Simon Fronwieser, hijo del médico de la ciudad

Magdalena Kuisl, hija del verdugo

Anna Maria Kuisl, esposa del verdugo

Los mellizos Kuisl, Georg y Barbara

Bonifaz Fronwieser, médico de la ciudad

Martha Stechlin, comadrona

Josef Grimmer, arriero

Georg Riegg, arriero

Konrad Weber, párroco de la ciudad

Katharina Daubenberger, comadrona de Peiting

Resl, criada en el mesón La Estrella de Oro

Martin Hueber, barquero de Augsburg

Franz Strasser, mesonero de Altenstadt

Clemens Kratz, mercader

Agathe Kratz, esposa del mercader

Maria Schreevogl, esposa del concejal

Conde Wolf Dietrich von Sandizell, representante del Príncipe
Elector

Los concejales

Johann Lechner, secretario judicial
Karl Semer, primer burgomaestre y mesonero del mesón La Estrella de Oro
Matthias Augustin, miembro del Concejo interno
Matthias Holzhofer, burgomaestre
Johann Püchner, burgomaestre
Wilhelm Hardenberg, enfermero del hospital del Espíritu Santo
Jakob Schreevogel, alfarero y testigo en el proceso
Michael Berchtholdt, panadero y testigo en el proceso
Georg Augustin, arriero y testigo en el proceso

Los niños

Sophie Dangler, pupila del tejedor de lienzos Andreas Dangler
Anton Kratz, pupilo del mercader Clemens Kratz
Clara Schreevogel, pupila del concejal Jakob Schreevogel
Johannes Strasser, pupilo del mesonero de Altenstadt Franz Strasser
Peter Grimmer, hijo de Josef Grimmer, huérfano de madre

Los mercenarios

Christian Braunschweiger, André Pirkhofer, Hans Hohenleitner,
Christoph Holzzapfel

Prólogo

*Schongau,
12 de octubre del Anno Domini 1624*

El 12 de octubre era un buen día para matar. Había llovido toda la semana, pero aquel viernes, después de la fiesta parroquial, y a pesar de que estaba empezando el otoño, Dios Nuestro Señor, en su infinita bondad, había hecho brillar un cálido sol sobre la región bávara de Pfaffenwinkel; allá arriba, en la ciudad, se oían ruidos y carcajadas, redoble de tambores, tintineo de cascabeles; en algún lugar tocaban un violín. El olor a fideos grasientos y carne asada llegaba hasta abajo, al hediondo barrio de los curtidores. Prometía ser una hermosa ejecución.

De pie en la habitación inundada de luz, Jakob Kuisl intentaba despertar a su padre remeciéndolo. El alguacil había pasado dos veces para llevárselos. Esta vez ya no dejaría que lo hicieran esperar. La cabeza del verdugo de Schongau descansaba sobre el tablero de la mesa. Su larga cabellera greñuda flotaba en una charca de cerveza y aguardiente. El verdugo roncaba y se estremecía dormido.

Jakob se inclinó hasta la oreja de su padre. Olía a una mezcla de alcohol y sudor. Sudor de miedo. Antes de las ejecuciones su padre siempre olía así. Bebedor en general moderado, empezaba a emborracharse como muy tarde después de que se pronunciara la sentencia. No comía nada y apenas si hablaba. En las noches se despertaba a menudo gritando y bañado en sudor. Los últimos dos días era prácticamente imposible hablar con él. Su esposa Ka-

tharina lo sabía, y por lo general se marchaba con los niños a casa de su cuñada. Sólo Jakob debía quedarse, al fin y al cabo era el hijo mayor y, por tanto, el criado de su padre.

—¡Tenemos que irnos, el alguacil está esperando!

Jakob había susurrado primero, luego habló en voz alta, ahora rugió. Por fin empezó a moverse el coloso que seguía roncando.

Johannes Kuisl miró a su hijo desde sus ojos enrojecidos. Su piel tenía un color de masa de pan vieja y reseca; en la barba negra y greñuda colgaban restos de la sopa de cebada de la noche anterior. Se pasó por la cara los dedos largos y en forma de garra. Luego se incorporó cuan alto era, casi seis pies, el macizo cuerpo se tambaleó un instante, como si quisiera precipitarse hacia delante. Luego recuperó el equilibrio y se enderezó.

Jakob alcanzó a su padre el jubón manchado, los guantes y el protector de cuero para los hombros. El hombretón se vistió lentamente al tiempo que se levantaba los cabellos que le caían sobre la frente; luego, sin decir palabra, se dirigió hacia la pared posterior de la habitación, donde, entre el banco de cocina raído y el rincón dedicado a Dios, con un crucifijo y unas rosas secas, se hallaba la espada de empuñadura corta, que podía tener dos buenos brazos de largo; la hoja era sin punta, pero tenía un filo tan agudo que hubiera podido cortar un cabello en el aire, pues su padre la afilaba regularmente. Al sol brillaba como si la hubieran fundido sólo un día antes. Nadie podía decir cuántos años tenía. Antes de Johannes Kuisl había pertenecido a su suegro, Jörg Abriel, y antes al padre y al abuelo de éste. En algún momento pertenecería también a Jakob.

Ante la puerta de casa aguardaba el alguacil. El delgado hombrecillo volvía una y otra vez la cabeza hacia las murallas de la ciudad. Llevaban retraso; probablemente los que llegaron primero arriba ya esperaban impacientes.

—¡Prepara el carro, Jakob!

La voz del padre sonó tranquila y profunda. Los gritos y sollozos de la noche anterior habían desaparecido como por ensalmo.

Cuando Johannes Kuisl pasó su macizo cuerpo por la pequeña puerta de madera, el alguacil, en un gesto involuntario, dio un paso al lado y se persignó. El verdugo era un hombre mal visto en Schongau. Por algo su casa quedaba fuera de la ciudad, en el barrio de los curtidores. Cuando el gigante bebía vino en el mesón, en silencio, se sentaba a una mesa aparte. En la calle evitaban su mirada, decían que traía mala suerte, sobre todo los días de ejecuciones. Los guantes de cuero que llevaba ese día se quemaban después de la ejecución.

El verdugo se sentó en el banco junto a la casa y disfrutó del sol de mediodía. Quien lo viera así apenas podría creer que una hora antes había estado delirando. Johannes Kuisl era considerado un buen verdugo, rápido, fuerte, decidido. Aparte de sus familiares, nadie sabía cuánto empinaba el codo antes de las ejecuciones. Ahora había cerrado los ojos como si escuchara alguna melodía lejana. Aún se oían los ruidos de la ciudad, música, carcajadas; en algún lugar cercano trinaba un mirlo. La espada estaba apoyada en el banco, como un bastón de pasear.

—¡No olvides las cuerdas! —gritó el verdugo a su hijo, sin abrir los ojos.

En el establo contiguo a la casa, Jakob embridó al achacoso caballo blanco y lo enganchó al carro de dos ruedas. El día anterior se había pasado horas fregándolo, pero en vano, como pudo comprobar entonces, pues la madera estaba totalmente percutida por la mugre y las manchas de sangre. Jakob echó un poco de paja en los puntos donde eran más visibles. El carro estaba listo para el gran día.

A sus doce años, el hijo del verdugo ya había vivido muy de cerca varias ejecuciones, dos ahorcamientos y el ahogamiento de una ladrona condenada tres veces. Acababa de cumplir seis años cuando presenció el primer ahorcamiento. Aún recordaba muy bien cómo el salteador de caminos había bailado un cuarto de hora suspendido en la cuerda. La multitud exultaba, y su padre volvió a casa esa noche con un enorme trozo de carne de corde-

ro. A los Kuisl les iba particularmente bien después de las ejecuciones.

Jakob sacó unas cuantas cuerdas del arcón que había detrás, en el establo, y las metió en un saco junto con las cadenas, las tenazas herrumbrosas y los trapos para limpiar la sangre. Luego guardó el saco en el carro y guió al caballo blanco embridado hasta delante de la casa. Su padre se subió al carro y se sentó en el asiento de atrás. La espada reposaba sobre sus poderosos muslos. El alguacil se dispuso a avanzar unos pasos por delante del carro, contento de estar fuera del alcance del verdugo.

—¡Vamos ya! —exclamó Johannes Kuisl.

Jakob tiró con energía de las riendas y el carro se puso en marcha, chirriando.

Mientras el caballo blanco subía lentamente por la ancha calle en dirección a la ciudad, el hijo se volvía continuamente a mirar a su padre. Jakob siempre había respetado el trabajo de su progenitor. Aunque la gente dijera que era un oficio deshonesto, el muchacho no lograba encontrar nada oprobioso en él. Las prostitutas maquilladas y los saltimbanquis sí que tenían un oficio deshonesto. Pero su padre ejercía una profesión dura, decente, que requería mucha experiencia. Con él, Jakob estaba aprendiendo el difícil oficio de matar artesanalmente.

Si tenía suerte y el Príncipe Elector lo autorizaba, dentro de unos años haría su examen de maestría. Una decapitación artesanalmente perfecta. Jakob nunca había presenciado ninguna. Lo más importante era estar bien atento ese día.

Entretanto, el carro había enfilado hacia la ciudad por una calle estrecha y empinada, y ya había llegado a la plaza del mercado. Por todas partes, ante las casas de los patricios, habían instalado puestos y casetas. Muchachas embadurnadas con ungüentos fétidos vendían nueces tostadas y panecillos frescos. En una esquina se había instalado un grupo de juglares que hacían malabares con pelotas y canturreaban versos burlescos sobre la infanticida. Cierto es que la próxima feria anual no se celebraría hasta fines de octu-

bre, pero la noticia de la ejecución se había difundido por las aldeas de los alrededores. La gente cotilleaba, comía y se compraba unas cuantas golosinas para celebrar luego como punto culminante el sangriento espectáculo.

Desde el pescante, Jakob miraba a la gente que, con una expresión entre risueña y asombrada, contemplaba el carro del verdugo. La plaza del mercado se había vaciado, ya no había nadie en ella. La mayoría de los habitantes de Schongau se había precipitado hacia el lugar de la ejecución para conseguir los mejores sitios. La decapitación tendría lugar después del repique que anunciaba el mediodía, y hasta entonces faltaba apenas media hora.

Cuando el carro del verdugo empezó a rodar por el adoquinado de la plaza, la música dejó de oírse. Alguien gritó: «¡Eh, verdugo! ¿Has afilado bien tu espada?, tal vez quieras casarte con ella». La multitud estaba exultante. Ciertamente es que en Schongau existía la costumbre de que el verdugo podía salvar a la delincuente si se casaba con ella. Pero Kuisl ya tenía una esposa. Y Katharina Kuisl no pasaba por ser una mujer precisamente tierna y bonachona. Por ser hija del verdugo Jörg Abriel, de muy mala reputación, la llamaban también *hija sangrienta* o *esposa de Satanás*.

El carruaje atravesó la plaza del mercado pasando frente a la lonja, en dirección a la muralla. Una torre alta, de tres pisos, se erguía ahí; la pared exterior estaba ennegrecida por el hollín; las ventanas, pequeñas como barbacanas, tenían delante rejas. El verdugo se echó la espada al hombro y bajó del carro. Luego padre e hijo se dirigieron, atravesando el portal de piedra, hacia el frío interior de la prisión. Una escalera estrecha y desgastada por el uso conducía hacia abajo, a los calabozos. Ahí se abría un oscuro pasillo en el cual había pesadas puertas revestidas de hierro y, a la altura de la cabeza, pequeñas ventanas enrejadas a izquierda y derecha. Por una reja del lado derecho, un gimoteo casi infantil y los susurros de un sacerdote resonaban sordamente; fragmentos de palabras latinas, llegaron a los oídos de Jakob.

El alguacil abrió la puerta, y al punto el aire se volvió hedion-

do, una mezcla de orina, excrementos y sudor. De forma involuntaria, el hijo del verdugo contuvo el aliento.

Dentro dejó de oírse unos instantes el gimoteo, que luego se convirtió en un alarido quejumbroso. La infanticida sabía que había llegado el final. También las letanías del sacerdote aumentaron de volumen. Hasta que la oración y los gritos se unieron para formar un ruido infernal.

Dominus pascit me, et nihil mihi deerit... (El Señor es mi pastor, nada me faltará.)

Otros alguaciles habían acudido para arrastrar a la luz del día el fardo humano.

Elisabeth Clement había sido en su momento una mujer hermosa, con un cabello rubio que le llegaba hasta los hombros, un par de ojos risueños, y una boca que parecía sonreír siempre un poco burlonamente. Jakob la había visto a menudo lavando ropa en el Lech junto con otras criadas. Ahora los alguaciles le habían cortado el pelo. Llevaba puesto un sencillo hábito de penitente tachonado de manchas mugrientas, y estaba tan delgada como si no hubiera tocado ninguna de las comidas que durante tres días se les daba a los condenados y que tradicionalmente preparaba el mesonero Semer.

Elisabeth Clement había trabajado donde un campesino que criaba caballos. Su belleza la había hecho popular entre los criados, que revoloteaban en torno a ella como las polillas alrededor de la luz, y le hacían pequeños regalos. El criador de caballos había soltado toda suerte de juramentos e improperios, pero de nada le sirvieron. Uno que otro, decía la gente, también habían desaparecido con ella entre el heno.

La segunda criada había encontrado en una fosa al niño muerto, detrás del pajar; la tierra que lo cubría estaba muy fresca. Ya cuando empezaron a torturarla, Elisabeth se derrumbó. No podía o no quería decir de quién era el niño. Pero las mujeres de la ciudad comadreaban y cotilleaban. La belleza de Elisabeth se convirtió en una fatalidad para ella. Y eso le permitió dormir tranquila a más de una ciudadana fea. El mundo estaba otra vez en orden.

Elisabeth empezó a dar alaridos de terror y manotazos a su alrededor cuando los tres alguaciles la arrastraban fuera de su agujero. Intentaban atarla, pero ella se les escurría una y otra vez como un pez resbaladizo.

Entonces ocurrió algo muy extraño: el verdugo se acercó a la muchacha y le puso ambas manos en los hombros. Casi con ternura se inclinó el hombretón hasta la escuálida joven y le susurró al oído algo que sólo Jakob logró escuchar, porque estaba muy cerca: «No dolerá, Lisl. Te lo prometo, no dolerá».

La muchacha dejó de gritar. Cierto es que aún le temblaba todo el cuerpo, pero se dejó atar. Los alguaciles alzaron hacia el verdugo una mirada en la que se mezclaban el temor y el asombro. Tenían la impresión de que Johannes Kuisl había musitado un ensalmo al oído de la joven.

Por último salieron fuera, donde una gran muchedumbre aguardaba expectante a la pobre pecadora. Se oían rumores y cuchicheos, algunos se persignaban o musitaban una breve oración. Arriba, en el campanario, la campana empezó a repicar, un sonido agudo, chillón, que el viento esparcía sobre la ciudad. Apenas se oían gritos de mofa; aparte del repique de la campana, el silencio era total. Elisabeth Clemens había sido una más de ellos, y ahora la multitud la observaba como a un animal salvaje, capturado.

Johannes Kuisl subió al carro a la temblorosa muchacha y volvió a susurrarle algo al oído. Luego le dio un frasquito. Como Elisabeth titubeaba, él le aferró la cabeza, se la inclinó hacia atrás y vertió unas gotas del líquido en la boca de la condenada. Todo ocurrió tan rápido que sólo pocos circunstantes lo advirtieron. Los ojos de Elisabeth se pusieron vidriosos. Se arrastró hasta un rincón del carro y se tumbó ahí en el suelo. Respiraba ahora con más calma y dejó de temblar. La pócima de Kuisl era conocida en Schongau. Una gracia que, sin embargo, él no concedía a cualquier condenado. Diez años antes, el ladrón de los cepillos de la iglesia y asesino Peter Hausmeir había sentido cada uno de los golpes con los que Kuisl le iba rompiendo los huesos; y una vez

atado a la rueda gritó tanto tiempo que al final el verdugo le destrozó las vértebras cervicales con un último golpe.

Normalmente, los condenados a muerte tenían que ir ellos mismos a pie hasta el lugar de la ejecución, o bien, envueltos en una piel de animal, eran arrastrados hasta allí por un caballo. Sin embargo, el verdugo sabía por experiencia que las mujeres condenadas por infanticidio ya no podían, en general, caminar. Para calmarlas, les daban tres litros de vino, y la pócima hacía el resto. En su mayoría, las muchachas parecían ovejas tambaleantes que había que llevar al matadero. Por eso Johannes Kuisl siempre llevaba el carro, que además impedía que algún fulano diera a la pobre pecadora un empujón al más allá.

El verdugo mismo llevaba ahora las riendas, y su hijo Jakob iba a su lado. La multitud contemplaba atónita y asediaba el carro, de suerte que sólo podían avanzar lentamente. Entretanto, un franciscano había subido donde estaba la condenada y rezaba con ella el rosario. El carro avanzaba con lentitud rodeando la lonja, y se detuvo finalmente en el lado norte del edificio. Jakob reconoció al herrero de la Hennengasse, que esperaba ahí con el brasero. Sus manos fuertes y callosas bombeaban con el fuelle aire a los carbones, de modo que las tenazas enrojadas brillaban como sangre fresca.

Dos alguaciles levantaron a Elisabeth como a una marioneta. Los ojos de la muchacha escrutaban el vacío. Cuando el verdugo le pinchó el antebrazo derecho con las tenazas, la joven lanzó un grito breve y agudo, luego pareció deslizarse a otro mundo. Un leve silbido y un hilo de humo. Jakob sintió olor a carne quemada. Aunque su padre le había explicado el procedimiento, tuvo que luchar contra las ganas de vomitar.

El carro se detuvo aún tres veces, en cada una de las otras esquinas de la lonja, y el procedimiento se repitió. Elisabeth fue pinchada otra vez en el brazo izquierdo, y una vez en el pecho derecho. Pero gracias a la pócima, los dolores podían controlarse.

La joven empezó a canturrear una nana infantil al tiempo que se acariciaba el vientre, sonriendo: «Duerme, niño, duerme».

Salieron de Schongau por la Hoftor y enfilaron la Altenstadter Strasse. Ya a lo lejos pudieron ver el lugar de las ejecuciones, un campo cubierto de hierba, situado entre los sembradíos y el bosque adyacente. Todo Schongau, y también los pobladores de las aldeas cercanas, se habían congregado ahí; para los concejales se habían llevado bancos y sillas. El pueblo, de pie en las filas de atrás, mataba el tiempo cotilleando y comiendo golosinas. En el centro se alzaba el cadalso, una plataforma de siete pies de altura a la que se subía por una escalera de madera.

Cuando el carro entró en el lugar, la multitud se escindió. Movidos por la curiosidad, todos intentaban echar una mirada a la infanticida que yacía en el suelo del vehículo.

—Que se ponga de pie. ¡Arriba, arriba con ella! ¡Verdugo, muéstranosla!

El pueblo estaba indignado a ojos vistas. Muchos estaban allí esperando desde las primeras horas de la mañana, y ahora no se veía nada de la asesina. Ya empezaban los primeros a tirar piedras y frutas podridas. El franciscano se agachó para salvar su hábito pardo, pero unas cuantas manzanas le dieron en la espalda. Los alguaciles hicieron retroceder a la multitud, que se enroscaba como un solo ser de grandes dimensiones en torno al carro, como si quisiera devorarlo con su contenido y todo.

Johannes Kuisl dirigió con calma su carro hasta la plataforma. Allí aguardaban ya los concejales y el administrador del burgrave, Michael Hirschmann. Como representante del Príncipe Elector ahí, el mismo Hirschmann había pronunciado la sentencia dos semanas antes. Y ahora miró una vez más a la muchacha a los ojos. El anciano la conocía desde que era una niña.

—Lisl, ¿qué has hecho, hija mía?

—Nada. No he hecho nada, excelencia.

Elisabeth miró al administrador desde unos ojos ya muertos y siguió acariciándose el vientre.

—Eso lo sabrá sólo Dios —murmuró Hirschmann.

El administrador hizo un gesto con la cabeza, y el verdugo

subió con la infanticida los ocho peldaños que llevaban a la plataforma. Jakob los siguió. Elisabeth tropezó una vez. Había dado su última caminata. Arriba aguardaban ya otro franciscano y el pregonero municipal. Jakob miró en dirección a la pradera, abajo. Vio cientos de caras tensas, con los ojos y las bocas muy abiertas. Los concejales habían ocupado sus asientos. Desde la ciudad volvió a repicar la campana. Todo aguardaba expectante.

El verdugo empujó suavemente a Elisabeth Clemens hacia abajo, hasta que la joven cayó de rodillas. Luego le vendó los ojos con uno de los trapos que había llevado. Un ligero temblor recorrió el cuerpo de la muchacha, que musitó una oración.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo, bendita eres entre todas las mujeres...

El pregonero carraspeó, luego leyó una vez más la sentencia. Jakob escuchó la voz como un rumor lejano.

«...para que ahora te vuelvas hacia Dios con todo tu corazón y tengas una muerte feliz y piadosa...»

El padre de Jakob le dio un pequeño empujón.

—Tienes que sostenérmela —susurró en una voz lo más baja posible para no interrumpir el discurso.

—¿Qué?

—Tienes que mantener en alto sus hombros y su cabeza, para que yo pueda asestar bien el golpe. Si no, Lisl se nos caerá al suelo.

Y, en efecto, el cuerpo de la condenada se iba inclinando lentamente hacia delante. Jakob estaba confuso. Hasta ahora había partido del supuesto de que sólo tendría que presenciar la ejecución. De ayudarlo nunca le había hablado su padre. Pero ya era demasiado tarde para vacilar. Jakob aferró a Elisabeth Clement por los cabellos cortos y le levantó la cabeza. El hijo del verdugo sintió sudor en sus dedos y estiró el brazo para dejar más espacio a la espada de su padre. La idea era asestar un golpe certero con ambas manos entre dos vértebras cervicales. Un parpadeo, un suspiro sólo, y el asunto habría concluido. Pero solamente si se hacía como es debido.

«...Que Dios se apiade de tu pobre alma...»

El pregonero había terminado. Sacó una delgada varilla de madera negra, la sostuvo encima de Elisabeth y la rompió. El chasquido de la madera se oyó en todo el lugar.

El administrador del burgrave le hizo a Johannes Kuisl un gesto con la cabeza. El verdugo levantó su espada y tomó impulso.

En ese momento sintió Jakob cómo los cabellos de la muchacha se le escurrían entre los dedos. Hasta entonces había mantenido en alto la cabeza de Elisabeth, pero de pronto la joven cayó hacia delante como un saco de cereales. El chico vio bajar raudamente la espada de su padre, pero en vez de darle al cuello, la hoja golpeó la cabeza a la altura de la oreja. Elisabeth Clement se retorció en el suelo de la plataforma. Empezó a dar alaridos, en la sien tenía una profunda herida. En un charco de sangre vio Jakob la mitad de una oreja.

La venda se le había deslizado de los ojos a la condenada. Con ojos desorbitados miraba ahora al verdugo, que mantenía la espada en alto encima de ella. La multitud gemía como desde una sola garganta. Jakob sintió que el vómito le subía al gaznate.

Su padre lo empujó a un lado y volvió a tomar impulso. Pero Elisabeth Clement se apartó rodando a un lado cuando vio bajar hacia ella la espada. Esta vez la hoja la golpeó en el hombro, haciendo una profunda herida en la flexura del cuello. Un chorro de sangre brotó de ella y salpicó al verdugo, al ayudante y al aterrado franciscano.

A gatas se dirigió Elisabeth Clement hacia el borde de la plataforma. La mayoría de los espectadores de Schongau miraban fijamente, aterrorizados, el sangriento espectáculo, aunque aún se oían gritos. Algunos le tiraron piedras al verdugo. Al pueblo no le gustaba que hiciera chapuzas con la espada.

Johannes Kuisl quería poner fin a todo aquello. Se instaló junto a la mujer que gimoteaba y tomó de nuevo impulso. Esta vez le dio de lleno entre la tercera y la cuarta vértebra cervical. El gimo-teo cesó abruptamente. Pero la cabeza no quería separarse, seguía

unida por los tendones y la carne, y sólo el siguiente golpe la separó por completo del tronco.

Entonces rodó por la plataforma y se detuvo justo delante de Jakob. El hijo del verdugo perdió en parte la conciencia, finalmente cayó de rodillas y vomitó la cerveza y la papilla de avena de esa mañana hasta que ya sólo le salió una bilis verde. Como a través de una pared oía los gritos de la gente, las protestas airadas de los concejales y la respiración jadeante de su padre al lado mismo.

Duerme, niño, duerme...

Poco antes de que un desvanecimiento salvador se apoderase de él, Jakob Kuisl tomó una decisión. Nunca seguiría las huellas de su padre, jamás sería verdugo.

Luego se derrumbó de cabeza en el charco de sangre.

1

*Schongau,
la mañana del 24 de abril del Anno Domini 1659,
35 años más tarde...*

Sentada en el banco de madera ante la pequeña casa del verdugo, Magdalena Kuisl sostenía entre sus muslos el pesado mortero de bronce. Con golpes regulares iba moliendo tomillo sanjuanero, licopodio y *ligusticum* hasta reducirlos a un fino polvo verde. Un aroma de especias le llegaba a la nariz y hacía presentir un verano ya incipiente. El sol le daba en la cara bronceada y la hacía parpadear; por su frente se deslizaban gotas de sudor. Era el primer día realmente caluroso de aquel año.

Fuera, en el jardín, jugaban sus hermanitos, los mellizos Georg y Barbara, de seis años. Correteaban entre los arbustos de saúco, en los que asomaban ya los primeros brotes. Los niños no paraban de chillar, felices, cuando las largas ramitas les rozaban la cara como dedos. Magdalena no pudo evitar sonreír. Recordó cómo su padre, hacía aún pocos años, la perseguía del mismo modo entre los arbustos. Le pareció ver su figura maciza corriendo detrás de ella con las zarpas en alto y un rugido amenazador como un gran oso. Su padre había sido un maravilloso compañero de juegos. Ella nunca había comprendido por qué en la ciudad la gente se pasaba a la otra acera o musitaba una oración cuando lo veía venir. Sólo más tarde, a los siete u ocho años, se enteró de que con sus zarpas su padre no solamente podía jugar. Fue en la colina del patíbulo, donde Jakob Kuisl ató una cuerda de cáñamo al cuello de un ladrón y tiró de ella.

A pesar de todo, Magdalena estaba orgullosa de su familia. Ya su bisabuelo Jörg Abriel y su abuelo Johannes Kuisl habían sido verdugos. Jakob, el padre de Magdalena, había aprendido el oficio con el abuelo, como también lo haría su hermanito Georg dentro de unos años. Cuando ella era aún una niña, su madre le contó una vez, antes de que se durmiera, que papá no siempre había sido verdugo, sino que había participado en la gran guerra, antes de que la nostalgia lo hiciera regresar a Schongau. Cuando la pequeña Magdalena quiso saber qué había hecho él en la guerra y por qué prefería cortarle la cabeza a la gente que marcharse a países lejanos en un caballo enjaezado y con un sable reluciente, su madre calló y le puso un dedo en los labios.

Las hierbas ya estaban molidas. Magdalena vació el polvo verde en una retorta de barro, que tapó con gran cuidado. Una decocción preparada con la aromática mezcla ayudaría a las mujeres a que les viniera una menstruación retrasada, y era un conocido medio para evitar un parto no deseado. El tomillo sanjuanero y el licopodio crecían en uno de cada dos jardines, pero sólo su padre sabía dónde encontrar *ligusticum*, que era muy raro. Incluso las comadronas de las aldeas vecinas venían a buscarlo por ese polvo. Él lo llamaba *polvo de mujer amada*, y se ganaba con él una que otra monedilla de plata.

Magdalena echó hacia atrás un rizo que le volvía a caer una y otra vez en la cara. Había heredado el pelo rebelde de su padre. Unas cejas muy pobladas coronaban dos ojos de un negro brillante, que parecían hacer siempre guiños burlones. A sus veinte años, Magdalena era la hija mayor del verdugo. Después de ella, su madre había traído al mundo a dos niños que nacieron muertos, además de tres bebés tan débiles que no sobrevivieron el primer año. Luego llegaron por fin los mellizos, que sí sobrevivieron. Los dos eran todo el orgullo de su padre, y Magdalena se ponía a veces un poco celosa; Georg, por ser el único hijo, aprendería el oficio de verdugo, y Barbara soñaba ya de niña con todos los sueños de este mundo. Magdalena, en cambio, era la *criada del verdugo*, la *mucha-*

cha sangrienta, a la que no estaba permitido tocar y a cuyas espaldas la gente se reía y cotilleaba. Ella sollozaba. Su vida parecía estar ya prefigurada desde entonces. Se casaría con algún verdugo de otra ciudad, pues las familias de los verdugos quedaban siempre unidas entre sí. Y eso que en la ciudad había uno que otro muchacho que a Magdalena le gustaba. Sobre todo uno...

—Cuando acabes de moler el polvo, entra y ocúpate de la ropa, que no va a lavarse sola.

La voz de la madre arrancó a Magdalena de sus ensoñaciones. Anna Maria Kuisl miró a su hija con aire admonitorio. En sus manos tenía tierra del jardín, donde había estado trabajando. Se enjugó el sudor de la frente antes de seguir hablando.

—Ya vuelves a soñar con esos muchachos, te lo noto —dijo—. Quítatelos de la cabeza. Bastante cotillea la gente en la ciudad.

Le sonrió a Magdalena, pero la hija del verdugo sabía que su madre hablaba en serio. No le importaban en absoluto las ensoñaciones de su hija. Además, le parecía inútil que el padre le hubiera enseñado a leer. Una mujer que metía la nariz en los libros era mal vista por los hombres. Si encima era la hija del verdugo y le hacía ojitos a los muchachos, no estaba muy lejos del camino al oprobio y la picota. La mujer del verdugo le había pintado a su marido en colores sombríos lo que pasaría si él cubría de oprobio a su propia hija.

—Está bien, madre —dijo Magdalena, y puso el mortero en el banco. Cogió el cesto con la ropa sucia y añadió—: Bajaré ahora mismo al río con la ropa.

Luego atravesó el jardín y enfiló el camino que bajaba al Lech, seguida por las miradas pensativas de su madre.

Inmediatamente detrás de la casa, un estrecho sendero bajaba, bordeando jardines, pajares y casas elegantes, hasta un lugar donde el río había cavado una pequeña ensenada plana. Magdalena miró los torbellinos pardos que se habían formado en el centro del Lech. Ahora, en la primavera, el agua subía hasta las raíces de los abedules y empujaba consigo ramas y árboles enteros. Por un ins-

tante creyó ver un trozo de tela o algo parecido que flotaba entre las olas pardas, pero al mirar con más detenimiento, vio que sólo eran ramas y hojas.

Se inclinó, sacó la ropa del cesto y la fregó contra los guijarros húmedos, al tiempo que pensaba en el mercado de San Pablo, tres semanas antes, y en el baile de la fiesta, sobre todo en el baile con *él*... Sólo había vuelto a verlo el domingo pasado en la misa.

Cuando ella tomó asiento en la parte de atrás de la iglesia, él había vuelto a levantarse y le había guiñado un ojo. Ella no pudo reprimir una risita, mientras las otras muchachas le lanzaban miradas torvas al joven.

Magdalena susurró una canción al tiempo que golpeteaba la ropa mojada contra los guijarros.

—Vuela, abejorro de San Juan, que papá está en la guerra...

Tan absorta estaba en sus pensamientos que al principio tomó por un producto de su fantasía los gritos agudos y quejumbrosos que llegaban de algún punto situado río arriba y que tardó un rato en identificar como tales.

Un leñador de Schongau había sido el primero en divisar al muchacho, que se había aferrado al tronco de un árbol y giraba entre la espuma del oleaje como una hoja diminuta. El leñador no estaba al principio muy seguro de si el pequeño envoltorio que veía allá abajo a sus pies entre las fuertes olas era en verdad un ser humano. Pero cuando empezó a patalear y a dar manotazos a su alrededor, el hombre pidió ayuda a gritos a los barqueros que iniciarían su primer viaje a Augsburg entre las brumas del amanecer. Sólo poco antes de Kinsau, cuatro millas al norte de Schongau, la orilla era plana y el Lech estaba lo suficientemente tranquilo como para que los hombres se atrevieran a acercarse al muchacho. Con sus varas largas intentaban sacarlo fuera del agua, pero el chico se les escurría como un pez resbaladizo. A ratos se sumergía por comple-

to, se quedaba con el tronco un preocupante rato bajo la superficie y reaparecía como un corcho en otro punto.

Una vez más se irguió el chiquillo y, aferrándose al resbaladizo tronco del árbol, sacó la cabeza fuera del agua para tomar aliento. Luego alargó la mano derecha hacia una de las varas, los dedos se estiraron, pero asieron el vacío. Con un ruido sordo, el tronco colisionó con otros troncos, que se habían hacinado junto al embarcadero. El impacto hizo perder el equilibrio al muchacho, que se deslizó y se hundió entre docenas de gigantescos troncos varados en la orilla del río.

Entretanto, los barqueros habían puesto rumbo hacia la pasarela cercana a Kinsau. Amarraron sus barcas a toda prisa y avanzaron con cautela sobre la tambaleante plataforma que los troncos formaban cerca de la orilla. El equilibrio sobre los resbaladizos troncos era un desafío también para los experimentados barqueros. Con demasiada facilidad podía uno perder el equilibrio y ser triturado entre las enormes hayas y pinos. Pero en ese punto el río estaba tranquilo y los amenazadores troncos sólo rodaban perezosamente.

Al cabo de poco tiempo dos de los hombres habían llegado al tronco del muchacho. Con sus varas hurgaron entre los troncos, con la esperanza de tocar algo blando. Los troncos bajo sus pies empezaron a temblar y a rodar. Una y otra vez tuvieron que mantener el equilibrio; con los pies descalzos se deslizaban de un lado a otro de los troncos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó de pronto el más fuerte de los dos. Con sus potentes brazos sacó del agua la vara junto con el muchacho y lo lanzó hacia la orilla salvadora como un pez atado a la vara.

El griterío de los barqueros también había llamado la atención de otros sobre el desdichado incidente. Unas lavanderas de la cercana Kinsau y varios arrieros acudieron presurosos a la orilla del río. Enseguida estuvieron todos en la tambaleante pasarela y contemplaban el envoltorio húmedo a sus pies.